

Gabriel de Espinosa miró profundamente á la muchacha, y la dijo:

—Perdonad, niña, si os he causado disgusto ó daño, porque yo iba acá tan metido en mis pensamientos, que lo mismo que he tropezado con vos hubiera tropezado con un poste.

—Ni disgusto ni daño, dijo la Galana, me habeis causado, sino mucho placer con vuestra cortesía.

—De honrados es ser corteses con las mujeres, dijo Gabriel de Espinosa.

—Y de mujer de buen alma es el agradecer que la traten mejor de lo que merece.

—Vos mereceis bien que se os trate con cortesía, por lo linda y por lo discreta, y quedad adios, niña, y mandad si os ocurre algo.

—Ved ahí que lo echais á perder, dijo la Mari Galana, porque estais deseando perderme de vista, y eso no es cortesía, sino desden.

—No lo tomeis á mal, porque yo no os conozco.

—Si que me conoceis.

—¿Dónde os he visto?

—Aún no ha quince dias, en la plaza de Madrigal.

—¿De Madrigal sois?

—No señor, que nací en Salamanca, y dando vueltas por el mundo, fui á parar á Madrigal.

A todo esto, y sin saber cómo, entrambos, ella á la derecha y él á la izquierda, habian echado á andar lentamente.

Ya sabemos que Gabriel de Espinosa tenia un gran defecto: el ser enamorado y dado al culto de la hermo-

sura, fuese quien fuese la mujer hermosa con quien se encontraba.

La Mari Galana, que creia aborrecerle, estaba, como hemos indicado, vivamente impresionada por él, y emanaba de ella ese perfume embriagador que se exhala de toda mujer bella cuando está al lado del hombre que la interesa.

Gabriel de Espinosa aspiraba este perfume, y empezaba á embriagarse.

Mari Galana lo notaba, y por maestría y por deseo, empezaba á poner en juego todos sus medios de seducción.

La vieja se habia quedado discretamente á retaguardia.

VI.

—¿Os acordais ya de haberme encontrado, señor mio? dijo la Galana con un acento seductoramente dulce é insinuante.

—Si por cierto; y os he reconocido desde el punto en que al tropezar con vos os ví: me he acordado de vos muchas veces, y he sentido no volver á veros, porque cuando os ví la primera vez, me parecísteis muy bien.

—¿De veras? ¿Por vuestra salud, galan?

—Y por la vuestra.

—¿Y qué os importa á vos mi salud?

—Mucho, porque no me habeis hecho ningun daño.

—Pues lo siento.

—¿Qué lo sentís?

—Y mucho.

—¿Y por qué?

—Vamos, señor mio, que debéis estar muy acostumbrado á que todo se lo hablen las mujeres, y eso no está bien, ni lo haré yo; porque aunque soy una pobre muchacha, hablando con vos y para vos, soy una mujer que vale tanto como la primera.

—¿Y por qué? Explicadme.

—Porque os hablo con el corazón, sin falsedad ni interés, y el corazón, señor mio, es siempre altivo y honrado, cuando se da de buena voluntad.

—¡Ah! Con que es decir.....

—Sí; no quería deciroslo, y os lo he dicho todo.

—Seguid, niña, vuestro camino, dijo tristemente Gabriel de Espinosa, y no os pongais bajo la sombra del árbol maldito; si es verdad que me hablais con el corazón, huid de mí; no hablemos de si sois esto ó lo otro: en estos momentos para mí, y hablando como hablais, sois, como habeis dicho muy bien, una mujer que vale tanto como la primera; por lo mismo os hablo como quien os dobla la edad y ha sufrido mucho, y es muy desgraciado: como un padre indulgente; sentiré mucho que no me comprendais.

—¡Oh! sí, sí, os comprendo perfectamente, señor mio; seguid, seguid hablándome así, porque vuestras palabras me deleitan y me consuelan, porque yo soy tambien muy desgraciada.

—Si esta no ha estudiado con el diablo, dijo la madre Martina que iba oyendo la conversacion, ha estudiado con su nieto; y la desvergonzada me pedia consejo cuan-

do puede dármelos. ¡Lástima que ese buen hombre no tenga minas de oro en el Perú!

—La desgracia es la herencia de los hijos de Adan, decia entretanto Gabriel de Espinosa á la Galana; una cruz más ó menos pesada con que cargar los hombros encontramos todos al lado de nuestra cuna, y aquel vale más, que lleva su pesada cruz con más valor y más fortaleza.

—Mirad, señor mio, que ya ha muchos días que pasó la Cuaresma, y que no sois capuchino; no se me os vayais por en medio de un sermón, porque esto es huirme el bulto y no querer entenderme.

—Bien que os entiendo; á vos os sucede lo que á todos conmigo; os asombro; os venís á mí como se viene el pajarillo á la boca de la serpiente; creedme, pues, porque os advierto que me pareceis un pájaro sabroso, y harto os digo con esto, y debéis agradecerme el que os lo diga.

—Pues mirad, señor Gabriel de Espinosa...

—¿Cómo sabeis mi nombre?

—Quien quiere saber pregunta, y quien pregunta sabe; dijéronme en Madrigal cómo os llamábais y quién érais, y lo que por el mundo habeis corrido, y lo gran soldado y lo gentil hombre que sois, con otras cosas que bastan para poner en cuidado y hacer pensar en un hombre á una muchacha que se perece por los hombres de pró; en Valladolid me han dicho donde habeis parado y las posadas que habeis mudado, y que teneis en otras los criados, y que cuando salís de noche no os acompañan, sino que os esperan donde vos les mandais, y todo esto me ha

metido en tal ánsia de ser vuestra amiga, que si no os encuentro y hablamos, yo hubiera ido á buscaros y á deciros:

—Yo soy esto, lo otro y lo demás allá; así como soy, estoy enamorada hasta las entrañas de vos; si me queréis, tenedme esclava; si no me queréis, tenedme enemiga.

Miró profundamente Gabriel de Espinosa á la Galana, y se encontró con la profunda, franca, valiente y enamorada mirada de la jóven.

—De Dios está que las aventuras me persigan, dijo Gabriel de Espinosa, y esta con vos es tal, que os juro por mi honor, que me interesa más de lo que creéis.

—Si vos traéis entre manos historias ó enrédos, por los cuales puede veniros daño, no creáis porque yo os he buscado, que soy yo cebo echadizo ó gancho de escribano; que no cabe en mí tal bajeza, ni he nacido yo para perder hombres ni armarles zancadillas.

—Si yo tuviera por qué temer, no sería una mujer la que pudiera perderme, dijo Gabriel de Espinosa.

—No confiéis mucho, porque puede ser que yo os pierda, dijo seriamente la Galana.

—Pues ahora sí que no os entiendo.

—Vais á entenderme, porque os voy á hablar muy claro: por mi alma y por la de mi madre, que yo no os olvido un punto, que sueño con vos, y por vos anhelo; pero no sé si os odio con toda mi alma, ó si con toda mi alma os adoro: creedme; como yo saque en limpio un día que os aborrezco, os pierdo; si me convengo de que os adoro, y no me queréis ó me dejais, me mato.

—¡Vive Dios, rapaza, que me están dando tentaciones de probar lo que tú puedes conmigo, y si vales lo que pareces, que como tú valieras, yo te juro, que sin ser yo tuyo, habias de ser mucha persona!

La Galana se detuvo, miró con los ojos radiantes y húmedos á Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Ya estamos cerca del Campo Grande, y no quiero que os vean conmigo; si os busco, ¿me afrentareis?

—No, por Dios, que no merecéis vos ser afrentada.

—Pues hasta muy pronto, señor Gabriel de Espinosa. Adios. Vamos, venid, abuela, que el señor Gabriel y yo hemos hablado ya lo que teníamos que hablar.

—Esperad, que no quiero yo que os vayais sin una memoria mia. Ahí cerca hay una casa donde venden leche y refrescos. Tomad, para que refresqueis con vuestra abuela.

Y sacando del bolsillo de sus gregüescos un reluciente doblon de á ocho, le dió á la Galana.

Ardió en los ojos de ésta un relámpago de indignacion; tomó el doblon de á ocho, y le tiró á lo largo del camino.

—Para otro que no tenga el alma puesta donde la tiene la Galana; pero otra memoria vuestra la tomaria: dadme vuestro pañuelo.

Gabriel de Espinosa sacó de su bolsillo un rico pañuelo blanco, y lo entregó á la Galana, que le guardó en su seno.

—Tomad, dijo á seguida.

Y entregó á Gabriel de Espinosa otro pañuelo no menos rico.

—Esto es ya distinto, añadió. Adios, pues, y hasta la vista, que será muy pronto.

—Adios, y buena ventura, contestó Gabriel de Espinosa, y se dirigió á buen paso al cercano porton de la huerta, y salió.

Las dos mujeres salieron detrás, en paso más lento.

La Galana iba profundamente pensativa.

—¿Te se habrá derretido el corazon, hija? la preguntó la vieja con malicia; pues no hay para qué tanto, que el tal hombre, á poco más puede ser tu abuelo; que ya pasa de los cincuenta, y puede ser que aunque se le echen cinco encima, no se le haga agravio; y aunque de buena presencia, por el vestido se conoce que es menestral y no de mucha hacienda.

—Lo mismo se me da á mí que sea pobre que sea rico, dijo la Galana, y que tenga sesenta años como si tuviera veinte y nueve.

—Bien dicen que no se sabe lo que es el amor, dijo la vieja, y que los que más aciertan son los que lo declaran locura; pero yo confio en que esto te se pasará, y en que conocerás que la conversacion con ese hombre no te tiene cuenta.

—Yo no sé lo que me pasa: á un mismo tiempo le quiero y le aborrezco; me espanta no sé qué cosa, y me parece que ese hombre es más que todos los hombres que yo he visto y hablado. Mirad, madre Martina, dijo la muchacha á tiempo que entraba por el arco de Santiago, deteniéndose y mirando pálida y grave á la vieja: hay veces en que ese hombre se me presenta como un alma del otro mundo.

—¡Jesús mil veces, hija, y qué cosas dices! exclamó la vieja.

—Otras veces, continuó la muchacha, me parece que ese hombre ha de morir ahorcado.

—Vamos, hija, vamos á entrar aquí en la iglesia de Santiago, dijo la vieja, á ver si con el agua bendita y con las palabras de la consagracion te se salen los malos del cuerpo.

—Sí, madre, vamos, dijo la Galana; necesito rezar.

Y las dos mujeres se entraron en el templo.